

# SENTIRSE ACOGIDO EN LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS

JOSÉ ANTONIO GOÑI, Pamplona

Cuando rastreamos la historia sagrada en busca de ejemplos de acogida hay dos conocidos pasajes bíblicos que resaltan: uno del Antiguo Testamento, otro del Nuevo. El primero de ellos es la acogida que Abraham y Sara hacen a los tres hombres que pasan junto a su tienda (cf. *Génesis* 18,1-15). Tres extraños que fueron recibidos con cordialidad y las máximas atenciones que les podían ofrecer. El segundo de los relatos es la acogida que siempre Jesús recibe en Betania, en casa de sus amigos Marta, María y Lázaro; donde una de las veces nos indica el texto evangélico cómo María le ungió los pies con perfume y se los enjugó con su cabellera (cf. *Juan* 12,1-11). En esta ocasión no es un extraño el que era recibido, sino un amigo.

Ser acogedor con alguien que viene a nuestra casa, sea conocido o extraño, es un valor humano fundamental. Y además desde la óptica cristiana añadimos un plus, ya que Jesús afirmó que «el que os recibe a vosotros, me recibe a mí» (*Mateo* 10,40). Por eso, como personas y como creyentes, en las celebraciones litúrgicas la acogida debe ser un rasgo que siempre debe resplandecer. Una acogida que podemos encontrar a tres niveles: comunitario, personal y divino.

Ya desde la antigüedad en las comunidades cristianas había unos responsables de acoger a quien acudía a las celebraciones litúrgicas. Eran los ostiarios o porteros (en latín *ostium* significa puerta). Deberíamos seguir encontrando en la actualidad en nuestras iglesias a alguien designado por la comunidad encargado de la acogida: esa persona que recibe en la entrada a todos los que se acercan a la iglesia, que invita a pasar a quien viene a rezar e impide a los turistas que deambulen durante la celebración, que ofrece una hoja con



los cantos u otras indicaciones para la liturgia, que hace que quien participa del culto se sienta desde el principio miembro del resto de cristianos y cristianas que se reúnen para celebrar juntos su fe.

Pero más aún, cada uno puede también ejercer personalmente este ministerio de la acogida transmitiendo amabilidad y cercanía a aquellas personas que están sentadas junto a su lado, o en el banco de delante o de detrás. De modo que todos nos sintamos miembros de una misma comunidad cristiana que comparte la Palabra de Dios y el cuerpo y la sangre de Cristo.

Y finalmente es Dios mismo el que nos acoge por encima de todo, cuando ya desde el comienzo se manifiesta su presencia en medio de los cristianos reunidos por medio del saludo litúrgico «El Señor esté con vosotros». Porque donde dos o tres están reunidos en su nombre, él está en medio de ellos (cf. *Mateo* 18,20).

## Para el trabajo en los grupos de liturgia:

- ¿Se tiene en cuenta en nuestra parroquia el servicio de acogida en las celebraciones litúrgicas?
- ¿Cómo podemos mejorar la acogida en nuestra parroquia?
- ¿Qué podemos hacer para que nuestras celebraciones sean más acogedoras?